

## LA CABALLADA

La turbulenta minoridad del Rey D. Alfonso VIII, futuro vencedor de las Navas y los odios que despertó entre las familias de Laras y Castros, llenaron de recuerdos históricos las quebradas tierras alcarreñas y de tradiciones gloriosas la historia de nuestra región.

El pueblo, que aún siente latir en su alma el carácter independiente de sus progenitores los arévacos, carpetanos y celtíberos, conserva, ya que no sus errantes bardos, los recuerdos tradicionales, y hace de ellos cimiento de costumbres y origen de ceremonias que son como pedestal del monumento elevado a su pasada grandeza.

Entre estas antiguallas, tan simpáticas como respetables, existe en Atienza la hermandad cuyo título encabeza estas líneas y que con sus extrañas ceremonias y su pendón rojo, blanco y verde, trae a la memoria un hecho histórico en cuya realización tuvo tanta parte la astucia como la audacia.

La mañana del domingo de Pentecostés, reúne en la plaza Mayor de la histórica villa de Atienza, la Tutia de los romanos y la Atizia o Atyuzia de los árabes, lucida comitiva de labradores hasta en número de cuarenta, vistiendo colete, calzón y polainas, y cabalgando en mulos, caballos y burros lujosamente enjaezados. A la cabeza se coloca el sacerdote o mayordomo de la cofradía, tremolando el histórico pendón del siglo XI cuyo lienzo ostenta en su centro las armas de la Hermandad, que son un león, una cruz, un castillo, una reja de arado y una agujada.

Formado en la plaza este lúcido escuadrón, colocáanse a su cabeza seis músicos, entre gaiteros y tamborileros montados en burros, y batiendo marchas originalísimas se ponen en camino con dirección a la ermita de Nuestra Señora de la Estrella. Llegados al templo oyen devotamente la misa y desparramados sobre el verde césped del prado que rodea el santuario, se entregan a la expansión consumiendo sabrosas meriendas y formando alegres corros de los que brota el punzante chiste o el eco de la típica jota del país, hasta que la campana da la señal de salir la procesión.

Asoma, por fin, la venerada imagen saludada por las gaitas y tamboriles, el sacerdote danza ante la Virgen como si fuera su pareja y el pueblo sigue el ejemplo bailando mozos y mozas en animados grupos.

Al comenzar la tarde fórmase de nuevo el escuadrón de los recueros y los ginetes lucen su gallardía y gentileza corriendo los caballos a usanza de los alardes de la Edad Media y formando en filas combinaciones muy artísticas y caprichosas, parecidas a los carrouseles militares.

Hasta aquí las costumbres.

**ANTONIO PAREJA SERRADA (Visión de La Caballada de 1905).**